

INTRODUCCIÓN

El corazón amoroso de Dios se ve exquisitamente reflejado en las parábolas de la misericordia que san Lucas presenta en el capítulo 15 de su Evangelio, pero hay una, en especial, que nos aproxima a ese Padre que generosamente derrocha su amor para con sus hijos. Conocida popularmente como “El hijo pródigo” (Lc 15, 11-32), esta parábola ha sido ampliamente meditada por grandes maestros de la espiritualidad, así, esta modesta propuesta de ejercicios cuaresmales, se apoya en estas reflexiones, queriendo encontrar en ellas, también, los rasgos vocacionales a los que Dios nos llama.

En la riqueza de nuestras individualidades, el Padre nos llama, primero, a ser personas, hechas a su imagen y semejanza (Gn 1,26). Por encima de la creación está el hombre, obra máxima del Creador, en las manos de éste, el Señor ha confiado, incluso, la creación entera (Salmo 8,7). Dios no nos ha hecho en serie, ni nos ha clonado, ha puesto la riqueza de diversos dones y cualidades en cada uno de nosotros para ser compartidos en la comunidad.

Este llamado a ser personas, hombres y mujeres, implica asumir las capacidades de pensar, gracias al don de la inteligencia; de querer y disponerse siempre al bien, gracias a la voluntad; de decidir, siempre lo mejor, pues ha sido dotado de libertad, y sobre todo, de dar, y darse, gracias al amor, así lleva a cabo la razón de su existencia porque *“el amor ha sido porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado”* (Rm 5,5).

Después nos hace el llamado a la dignidad más grande a la que el hombre puede aspirar: a ser sus hijos. El bautismo es este gran acontecimiento en donde el hombre es colocado en la “casa paterna”, es allí, viviendo en su seno, compartiendo los gozos y las fatigas con la familia humana, en donde se descubre miembro de una comunidad llamada Iglesia. Allí, como si hubiera sido injertado en un gran árbol de vida (Jn 15, 5), la savia vital de su gracia, le permitirá responder a esta dimensión vocacional, la de ser hijo.

San Agustín, en el bien conocido texto de sus confesiones, reflexiona: *“Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en Ti”* (Conf. 1, 1,1). Y es que sólo en el Creador el hombre puede encontrar la razón definitiva de su existencia, sólo mirando al cielo, y al Señor, el hombre puede ubicar la grandeza de su origen y lo grandioso de su destino. Ésta es la gran llamada, la verdadera vocación, la primera y la última, la definitiva, llamados a ser, como dirá san Pedro *“linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, destinado a anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pe 2,9).

La historia que leemos en la perícopa narra la realidad de un joven que se sabe hijo, y aunque en la casa del Padre tenía todo, le apuesta a vivir fuera de ella, deja a un lado al Padre que le estorba y le apuesta a un proyecto falaz que termina cuando lo ha dilapidado todo. El muchacho renuncia a lo que es, y se pierde; elige vivir en la

individualidad del egoísmo, antes que abrirse a la riqueza de compartir lo que es y lo que tiene en la familia paterna.

Egoísmo, individualismo, rechazo a la alteridad, abandono de la Iglesia, incluso rechazo a la misma familia nuclear, a sus costumbres y tradiciones, son conceptos que hoy día merecen la atención urgente de la Iglesia.

Es hoy el momento de volver a llamar en el nombre de Dios, de recordarle al hombre lo grande de existencia, y su destino, de abrirle, de nueva cuenta, los brazos abiertos de la Iglesia en el nombre del Padre amoroso que siempre está dispuesto a celebrar, con gozo, la llegada de sus hijos a su seno.

I. LLAMADO A SER PERSONA

1. Objetivo.

Hacer caer en la cuenta que la vocación no es un añadido que se hace a nuestra vida, sino que desde el mismo momento que nacemos ya somos seres llamados, convocados para ser personas y realizarnos en plenitud.

2. Introducción.

El contenido fundamental de este tema es la comprensión de la vida como un don gratuitamente recibido que sólo encuentra paz y alegría cuando, a su vez, gratuitamente se entrega. El desarrollo del tema da pie a abordar la dimensión humana que vive el hijo menor de la parábola del Hijo pródigo (Lc. 15, 11-32). Lo importante es que las personas lleguen a captar la necesidad de ser personas cada vez más maduras y formulen con sus palabras compromisos que les conduzca hacia una mayor coherencia de vida.

Tras este tema parece oportuno proponer alguna experiencia apostólica de servicio. Algo sencillo, como visitar a un enfermo o ayudar a un anciano. El animador puede proponer la oportunidad de hacer alguna experiencia de este tipo y que las personas elijan cuál, para que la sienta suya.

3. Puntos a reflexionar en torno a la Palabra de Dios.

• *Un Padre tenía dos hijos...*

- Los hijos no se parecen en nada.
- Las parejas de hermanos en la Biblia presentan características opuestas, tenemos el ejemplo de Caín y Abel, Jacob y Esaú, los hermanos de la parábola de Mateo, uno que dice que sí, otro que dice que no (Mt. 21, 28-32); Marta y María.
- Cada hijo es diferente porque cada uno tiene su particularidad.

- La parábola presenta una realidad evidente: no estamos hechos en serie. Cada hijo es único.

• ***El menor le dice al Padre: dame la parte de la herencia...***

- Se manifiesta cierto atrevimiento del hijo menor al pedir algo a lo que aún no tiene derecho. El padre está vivo, acaso el hijo ¿desea que se muera?, ¿el Padre será un obstáculo para la realización del hijo?
- El hijo menor tiene prisa por vivir y divertirse.
- El tono del hijo: ¿pide?, ¿exige?
- El hijo pide una "parte". No está conforme con la totalidad del amor que el Padre le da.
- Rechaza la comunión: elige vivir separado.

• ***El hijo partió a un país lejano...***

- El pecado es un no al amor. No dejarse amar.
- Pecar es empobrecerse. Dejar el todo, pensando que se elige algo mejor, pero al conformarse con una partecita de la herencia deja claro que ha caído en el deslumbramiento de un bien menor.

4. Catequesis vocacional.

Quizá algunos se pregunten qué tiene que ver la realidad del hijo menor con el llamado vocacional. Todo. Si decimos que la vocación es un don de Dios, necesariamente tendrá que ver con el don primero y fundamental que hemos recibido de Él a través de nuestros padres: la vida.

En efecto, ninguno de nosotros ha creado su vida. Fueron nuestros padres quienes tomaron la decisión de engendrarnos. El dato más fundamental de nuestra existencia es que somos "regalos". Aquello que hace que nuestra vida merezca la pena (nuestra familia, amigos, el amor, etc.) también es un regalo, porque nos viene de fuera, no lo creamos ni lo provocamos nosotros.

Pero si miramos con atención al solo hecho de vivir y al inmenso valor y perfección de esa vida, tendremos que reconocer que hemos sido gratuitamente amados. Detrás del regalo de la existencia se adivina una presencia amorosa, una predilección. Mi vida es tal que adquiero la seguridad de haber sido amado, por las personas que me rodean pero sobretudo por Dios autor de la vida.

Si entendemos que nuestra vida es don y se funda en el amor, también se comprende que somos seres llamados, convocados, con vocación. No hemos sido "regalados" al mundo para nada, sino para hacer algo importante. Si nuestra vida es don, solamente encontrará sentido y plenitud dándose. La vocación consiste precisamente en darse, en entregarse sin esperar nada a cambio.

Ahora bien, hay muchas formas de darse. Pero, en este momento, lo importante es que nos hagamos conscientes de que el primer llamado que recibimos a vivir, a ser personas, tiene un contenido fundamental que consiste en aprender a amar, y consecuentemente servir y entregarse a los hermanos. Se entiende así que afirmemos que todo el mundo no sólo tiene vocación, sino que también es capaz de vivir vocacionalmente, aunque no lo sepa.

Estamos llamados, por tanto, a ser personas en plenitud. El camino para responder a esta llamada consiste en entregarse a los demás. Cualquier vocación tiene como fundamento e identidad el servicio. Esta noticia nos advierte que no se puede seguir a Cristo, cualquiera que sea nuestra vocación concreta, sin preocuparnos por ser personas auténticas y maduras. Seguramente que en nuestra vida descubrimos fallas, incoherencias entre lo que pensamos y lo que hacemos, deficiencias, etc. Para vivir vocacionalmente hay que proponérselo y determinarse a hacerlo con muchas ganas, poniendo lo mejor de nosotros mismos en semejante empeño. Así, reconociendo nuestro ser-persona podremos aceptar a los demás con sus diferencias de tal forma que podemos complementarnos con los dones que Dios ha puesto en cada uno de los miembros de nuestra comunidad (familia, escuela, trabajo, oficina, etc.).

Se trata de formular compromisos sencillos que te conduzcan hacia la consecución de objetivos que te marcas tratando de responder a la voluntad de Dios para tu vida. La dimensión humana es la base sobre la que se asienta todo el proyecto de la persona, y tiene mucho que ver con este llamado a la vida que Dios nos hace. Si no somos personas maduras, que desarrollan todas sus capacidades y cualidades, difícilmente podemos responder al llamado de Dios.

5. Aterrizaje vocacional.

El animador provoca en las personas un encuentro consigo mismas, para ello se puede hacer valer de las siguientes preguntas, de la dinámica del anexo 1 y/o del siguiente enlace:

<http://www.upsocl.com/mundo/ves-esta-caja-ahi-es-donde-ponen-los-bebes-y-es-lo-mas-extraordinario-que-veras-esta-semana/>

1. ¿Qué hace que mi vida merezca la pena?
2. ¿Por qué el hijo menor no valora su padre?, ¿en qué momentos he dejado de valorar a mis padres?

3. Si el hijo menor lo tenía "todo", ¿por qué no podía vivir en plenitud?
4. ¿Por qué el hijo menor no quiere vivir con su comunidad, su familia?
5. ¿Qué fallas personales me impiden reconocer el amor de Dios y el de mis padres?
6. ¿Cómo puedo superar tales fallas?

II. LLAMADO A SER CRISTIANO

1. Objetivo.

Descubrir que la mejor manera de responder al llamado que Dios nos hace a la vida, a ser persona, consiste en seguir a Cristo.

2. Introducción.

Lo importante de este tema es que las personas vislumbren la posibilidad de vivir cristianamente en medio de sus ocupaciones cotidianas, es decir, que comprendan que un enfoque adecuado para interpretar la vida es el del seguimiento de Jesús, actitud que se traduce en el esfuerzo por vivir unos valores y la apertura a la acción de la gracia para que nuestro esfuerzo no resulte estéril. A diferencia de la experiencia del hijo menor de la parábola del Hijo pródigo, se ha de presentar un estilo de vida dinámico, alegre, atrayente; lejana a la concepción del ser cristiano como alguien que siempre está socavado por reglas y normas.

3. Puntos a reflexionar en torno a la Palabra de Dios.

• *Yo aquí me muero de hambre...*

- Empezar el camino de la conversión es reconocer la propia hambre: "estoy necesitado", "tengo un hueco que no se ha llenado".
- La búsqueda de los grandes santos, como san Agustín, parten de esta realidad: se sabe en búsqueda de un Dios que ya se tiene, pero que nunca se ha tomado conciencia de esa realidad. Buscan fuera lo que tienen dentro.
- El país lejano es aquél que me hace vivir fuera de mí, lejos de lo que soy. En esa realidad se encuentra el hijo, y lo ha asumido. En ese momento inicia su liberación.

- “Estaba muerto”, diagnosticará el Padre, y es que uno muere cuando se muestra incapaz de comprender qué es lo que nos hace vivir.

• ***Y levantándose, partió hacia el Padre...***

- No importa la distancia recorrida. Se ha hundido lejos, hasta el fondo.
- La conversión no es para él un cambio de sentido, sino salir del fondo.
- Levantarse es volver a vivir. Levantarse, como Lázaro, o la hija de Jairo, es volver a la vida.
- El evangelio no ubica el nuevo recorrido del hijo hacia un lugar, sino hacia una persona: partió al Padre. Es aquí donde uno debe reflexionar que no se convierte o parte hacia algún lugar sino hacia una persona: no es a dónde, sino a quién.

• ***Estando él todavía lejos, lo vio su padre y, conmovido corrió a su encuentro...***

- Este es el corazón de la parábola.
- La escena presenta un personaje difuso. Se vislumbra una transformación del hijo menor. No es el mismo que se fue. Aquel era un hijo que tenía todo, ahora se presenta un hijo que viene a ser contratado.
- En cambio, la figura del Padre aparece con toda nitidez. El padre sigue conservando el amor por sus hijos. Por ello, el encuentro se vive como un encuentro de amor.
- El padre ve al hijo con el corazón. Lejos de tener sentimientos de reproche, el Padre “siente un vuelco en la entrañas”.

• ***Corrió a su encuentro...***

- Este es el rasgo más humano. El Padre que se precipita, no se espera a que el hijo llegue, va y lo encuentra.
- No contiene sus sentimientos.

- Se expresa toda la impaciencia de su corazón misericordioso. Quiere apurar el momento. Son los pasos del perdón.
- El Padre también se mueve, hay dinamismo en la relación.

4. Catequesis vocacional.

La experiencia del hijo menor de la parábola del “Hijo pródigo” nos hace comprobar que son muchas las limitaciones que impone la falta de visión: no se reconoce a las personas, hay dificultades para moverse, es más fácil tropezar y caerse, etc.

En el tema anterior hablábamos del llamado que Dios nos hace a la vida, a ser personas en plenitud. Hoy queremos hablar del llamado que Dios nos hace a ser cristianos. En realidad este doble llamado es sólo aparente, porque ambos son como las dos caras de una misma moneda. Para responder al llamado de seguir a Jesús es fundamental que llegues a ser persona. Esto es así porque ha sido el mismo Jesús quien nos ha enseñado a ser personas de verdad, auténticas. Jesús nos ha enseñado que la única manera de vivir con autenticidad es amando. Una vida sin amor carece de sentido.

Todos recibimos el llamado a la vida, a ser personas. Pero, por decirlo así, venimos con una venda puesta en los ojos. Con los ojos tapados resulta más difícil moverse. El llamado a ser cristiano conlleva liberarnos de aquellos elementos que obstaculizan nuestra visión. Muchas personas viven su llamado a ser personas como si tuvieran los ojos vendados, intuyen cuál es el sentido de la vida, pero no pueden verlo con claridad. Los cristianos, en cambio, podemos vislumbrarlo claramente, porque Jesús nos lo ha enseñado abiertamente.

Ser cristiano significa entonces observar a Jesús para que él nos enseñe sus palabras, sus actitudes y sus gestos cómo vivir el llamado que Dios nos hace como personas. Ser cristianos no consiste solamente en ir a Misa los domingos, o incluso participar en un grupo parroquial, sino también consiste en tratar de vivir en nuestra vida cotidiana los valores que vivió Jesús. Estos valores son la solidaridad, la servicialidad, la humildad, la cercanía, etc. No son valores bonitos que hemos inventado, sino que los observamos en las conductas de Jesús en el evangelio. Estar llamado a ser cristiano significa ser llamado a vivir estos valores. Sólo así podremos ser plenamente humanos, responder al llamado a la vida que Dios nos hace.

Para comenzar a vivir estos valores de un modo intencionado y consciente se precisa poner atención a dos frentes: nuestra vida cotidiana y la oración. En la primera es donde hemos de esforzarnos en poner en práctica los valores de Jesús para que no se queden sólo en buenas intenciones. En la relación con nuestra familia, con nuestros

amigos, en el estudio, etc., es donde se debe tratar de vivir los valores cristianos. Pero sin la oración, sin tener una relación asidua con Jesús, está difícil vivirlos. Platicando con Jesús, uno descubre aquellos valores que urge poner en práctica en la propia vida y recibe la gracia necesaria para que su esfuerzo no resulte estéril.

En el bautismo hemos recibido oficialmente el llamado a ser cristianos, a seguir a Jesús personal y comunitariamente. Cuando fuimos bautizados no éramos conscientes del llamado que recibíamos, pero en la confirmación hemos dado una respuesta personal y adulta a ese llamado.

5. Aterrizaje vocacional.

El animador provoca en las personas un encuentro consigo mismas, para ello se puede hacer valer de las siguientes preguntas, de la dinámica del anexo 2 y/o del siguiente enlace:

<http://catholic-link.com/2013/01/29/post-comunitario/#>

1. ¿Qué significa para mí ser cristiano?
2. ¿Qué hago para que mi vida sea considerada cristiana?
3. ¿Qué actos o acciones crees que hayan alejado al hijo menor de su Padre y hermano? ¿Qué actos o acciones te alejan a ti de Jesús?
4. ¿Qué valores cristianos le faltaron vivir al hijo antes de su retorno al padre?
5. ¿Qué valores del padre te llaman más la atención?
6. ¿Qué valor cristiano te gustaría vivir a profundidad y cómo?

III. DIFERENTES VOCACIONES DE AMOR

1. Objetivo.

Identificar las tres vocaciones específicas que la Iglesia nos propone como posibles caminos de seguir a Jesús; vislumbrando la complementariedad y relevancia de cada una de ellas.

2. Introducción.

La temática de este día no se enfoca en que las personas comprendan el valor teológico de las vocaciones, algo quizá demasiado teórico, sino que lleguen a vislumbrar la complementariedad existencial de las mismas; cómo todas ellas son necesarias para que la Iglesia sea lo que tiene que hacer y cómo todos participamos en alguna medida de cada una de ellas.

En este tema se ha de destacar la profunda complementariedad de las distintas vocaciones en el plano de las actitudes y las funciones, en contraposición de la ruptura familiar que hay entre el hijo menor y su padre y hermano. Lo más posible hay que conseguir que las personas se lleven la impresión de que cualquiera de estos tres caminos vocacionales vale la pena.

3. Puntos a reflexionar en torno a la Palabra de Dios.

• Pocos días después, el hijo lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino...

- Este es el punto de la ruptura consumada.
- Todo sucede en pocos días.

- No se precisa cuál es el país lejano, pero ese es el lugar de los sueños, de las fantasías: su inconsistencia es el alejamiento.
 - El pecado en sí no es el incumplimiento de una norma, es distanciarse del amor, odiarse a sí mismo. Más adelante, cuando el hijo se confiese debería agregar, *pequé contra el cielo y contra ti, pero también pequé contra mí, porque me he arruinado.*
- Cuando se lo había gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país y comenzó a pasar necesidad. Entonces se fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que lo envió a sus fincas a apacentar cerdos...**
- Se ve alejado en lo más bajo de la escala social: los puercos eran animales impuros.
 - El habitante de aquel país, es decir, su compañero de pecado, lo está arrojando a lo más bajo.
 - La ilusión da pie a la más baja realidad del ser humano pues el placer inmediato se ha ido.
 - Los compañeros de borrachera le dejan solo.
 - Este éxodo es al revés, el éxodo debe ser a la libertad, este es a la esclavitud a rebajarse a sí mismo.
- Y deseaba llenar su vientre con las bellotas que comían los puercos...**
- Nadie le daba nada. Los ídolos sonríen cuando todo va bien, pero cuando va mal, no brota la solidaridad.
 - El hambre no es el problema, sino el vacío que quiere llenar: muy probablemente sea un vacío de amor.
 - Las bellotas suscitan la nostalgia por la casa paterna.
- Y entrando en sí mismo dijo: “Cuantos jornaleros en casa de mi padre...”**
- Ya no se reconoce como hijo, se compara con los jornaleros. Piensa que ha perdido todo, también la dignidad de hijo.
 - Ha sido llevado fuera de sí, es decir, hizo un viaje que le hizo reconocer sus errores.

- El viaje de retorno comienza cuando entra en sí mismo, pues ha tomado conciencia de que el camino no es el adecuado, ya que entre más se aleja más esclavo se hace.

4. Catequesis vocacional.

Vocacionalmente podríamos definir a la Iglesia de la siguiente manera: la Iglesia es el resultado del trabajo en equipo de las tres vocaciones específicas; los ministros ordenados (obispos, sacerdotes y diáconos), los religiosos y los laicos. Cada una de estas vocaciones aporta algo imprescindible para que la Iglesia adquiera el rostro que está llamada a transparentar. Todas, por tanto, son igual de importantes, valiosas y necesarias, todas son un don de Dios.

Los laicos son personas que hacen presente a Cristo a través de las más sencillas circunstancias de su vida. Lo hacen en su trabajo, oficio o profesión: médicos competentes y amables, que recuerdan cómo Jesús curaba a los enfermos; policías honestos, que ayudan a la gente y no la explotan; arquitectos que se ponen al servicio de los demás, empleados verdaderamente serviciales.

Son personas extraordinarias porque en su propia familia tratan de hacer realidad el Reino de Dios, a través del amor y del perdón. Se comprometen en la política y la lucha social, en el servicio a los más pobres. Hay laicos en el periodismo, en los deportes, en las escuelas y las oficinas de gobierno. Algunos desempeñan papeles públicos importantes, otros viven su compromiso de fe en el silencio y el anonimato. Los laicos son como una luz en los distintos ámbitos en los cuales su vida se desenvuelve. Aunque se muevan en ambientes difíciles, permanecen allí con la intención de transformar las estructuras injustas y de hacer un mundo mejor, según los planes de Dios.

La vida espiritual de los laicos se nutre de su propio compromiso: saben contemplar a Dios presente en medio de las más variadas tareas y servicios. Las dos palabras que mejor los definen son la justicia y la solidaridad. Han comprendido que el Reino de Dios se hace presente en el mundo y trabajan en medio de este mundo para que así sea.

Los laicos también colaboran, en la medida de sus fuerzas, en el apostolado de la Iglesia, pero su identidad como discípulos de Jesús está en los compromisos que impregnan su vida. Están al frente y muy cerca de la tierra, haciendo real el deseo de Jesús de que el fuego del Espíritu hiciera arder la tierra.

Los religiosos y religiosas comparten con muchos laicos el mismo compromiso. Sin embargo, para ellos las palabras más significativas son la entrega, el testimonio, la radicalidad. Una religiosa que trabaja en un hospital, en un colegio o en el trabajo social, debe prepararse bien, pero su aportación más característica consiste en servir con alegría y con verdadera disponibilidad.

Los religiosos y las religiosas son como un signo viviente de Cristo. Recuerdan a todos, los modos de actuar y de vivir que Jesús practicó, totalmente entregado al proyecto de Dios, amando preferentemente a los pobres, inserto en una comunidad de hermanos.

La mayoría de los religiosos viven en comunidad. Allí repiten los rasgos de servicio que Jesús practicó con sus discípulos. Tienen todas sus obras en común para mostrar que su comunidad es animada por el Espíritu Santo. Son una gran riqueza para la Iglesia porque matizan su vida con colores siempre nuevos. Son un don inestimable para el mundo, porque prestan muchísimos servicios. Ellos nos recuerdan silenciosamente lo que la comunidad cristiana está llamada a ser. Son como un estímulo para la vocación de todos. Por eso podemos decir que están muy cerca del cielo. Se pueden comparar con un faro, que muestra el camino en medio de la oscuridad.

La vocación de los ministros ordenados es diferente. Ellos viven su consagración bautismal en el trabajo por edificar la Iglesia y mantener su unidad. Esto no es fácil de hacer. Son personas dispuestas para la escucha y el consuelo, que hacen presente a Cristo lleno de misericordia. Tienen una función humilde y en gran medida oculta: confesar a las personas, sostenerlas en sus dificultades, solidarizarse en medio de las dificultades de su vida, acompañar a los moribundos, consolar a sus familias. El ministerio sacerdotal es muy amplio y a la vez muy delicado.

Se han entregado a la Iglesia para organizarla y ayudar a que funcione mejor. Su trabajo consiste en dialogar con todos los que forman la comunidad y ayudarles a realizar su vida e integrarlos en una sola misión. Ellos son como una luz que se enciende en el corazón, por eso predicán, perdonan, bendicen, ungen a los enfermos. Sus manos distribuyen a Jesús en el pan consagrado, que es el mayor consuelo de los cristianos en su caminar por el mundo.

Lo más importante de los sacerdotes no es lo que hacen, sino cómo lo hacen: como un humilde servicio, como siervos y esclavos de todos, con una total disponibilidad, con generosidad y alegría. Así llegan a ser un signo de Cristo, el buen pastor que da su vida por el rebaño. Su vida espiritual se sostiene repitiendo todos los días las palabras de Jesús: "este es mi cuerpo que se entrega por ustedes", como su dijera: es mi vida, mi tiempo, mis habilidades. Los ministros ordenados viven y trabajan unidos entre sí, de modo que muestran el valor y la eficacia de la fraternidad; son como hermanos en una misma familia.

Estas tres vocaciones son inseparables entre sí como las ramas de un árbol. Se nutren de la misma sabia y participan cada una de las funciones de las demás. Por eso, es importante que entre ellos haya mucha comprensión y un verdadero afecto. A este modo de unión profunda, que va más allá de las diferencias para hacer una familia, le llamamos comunión. En la Biblia, la expresión "cuerpo de Cristo" significa a la vez la Eucaristía y la comunidad, porque el fundamento de esta unión es el cuerpo entregado de Jesús. Las tres vocaciones unidas son un signo de esperanza para el mundo.

5. Aterrizaje vocacional.

El animador provoca en las personas un encuentro consigo mismas, para ello se puede hacer valer de las siguientes preguntas, de la dinámica del anexo 3 y/o del siguiente enlace:

<https://www.youtube.com/watch?v=wJc8iMvsojA#!>

1. ¿Por qué el hijo menor no quiere trabajar con su hermano y papá?
2. ¿El hermano mayor, sabe trabajar en equipo? ¿Por qué?
3. ¿Crees que la vida de los hijos está arruinada?
4. ¿Qué actitudes de la vida laical vive el Padre?
5. ¿Qué actitudes de la vida religiosa vive el Padre?
6. ¿Qué actitudes de la vida sacerdotal vive el Padre?

IV. DIFERENTES MANERAS DE AMAR

1. Objetivo.

Mostrar las formas de vida más habituales como cauces para vivir la vocación a la que cada uno hemos sido llamados.

2. Introducción.

Al abordar este tema no nos interesa tanto que las personas capten la diferencia teórica entre vocaciones específicas y formas de vida, sino que lleguen a considerar éstas como formas necesarias y complementarias de amar. En realidad, las formas de vida pueden ser llamadas con razón formas de amar. Es importante que las personas vislumbren la complementariedad y la necesidad para el mundo y la Iglesia de estas distintas formas de amar, de modo que si faltase alguna de ellas, un rasgo fundamental del amor quedaría oculto.

Una persona a considerar en este tema es el hijo mayor de la parábola del “Hijo pródigo”, no como un modelo de amor, sino como una manifestación del cómo reaccionamos frente a las inconsistencias de los demás. Sin dudar, el padre es el mejor modelo de amor, pero en este tema descubriremos el amor a partir de lo que no es amar.

3. Puntos a reflexionar en torno a la Palabra de Dios.

• *El hermano mayor*

- No soporta la alegría del Padre. El Padre tiene que ir a rogarle pues es incapaz de ver al hermano levantado.

- Es una figura estática (no se mueve porque piensa que está en lo correcto), él mismo se presenta como un monumento de perfección que al mismo tiempo, le convierte en incapaz de convertirse.
- El hijo menor es despilfarrador, pero el mayor ve al padre como “derecho habiente”.
- La separación no es entre los dos hermanos, sino entre el padre que se goza, y el hijo que es incapaz de gozarse.
- El lenguaje es la ley, lo que debe ser, el castigo. El padre se sitúa en la perspectiva de la gratuidad, la única penitencia que le pone al hijo es festejar.
- Es un corazón duro que difícilmente se va a convertir.
- Parece que los resentimientos del hijo mayor le impiden amar a su padre y a su hermano: siempre se ha quedado con la ganas de comerse un cabrito.
- Alejarse no es lo mismo que estar dentro. Él estaba ausente. Nunca se ha ido, pero nunca ha entrado.
- Hubiera sido mejor que el hijo mayor confesara: “Padre hace mucho que te sirvo, pero nunca te he entendido...”. “Perdóname por haber sido fiel, pero sin amor”.
- No conoce la suprema libertad: el error de ser demasiado honesto.
- Sepulta la alegría y cae en la amargura: mi hijo se ha divertido..., yo no...

4. Catequesis vocacional.

De igual forma que se pueden dividir los panes de distintas maneras, también se puede amar de modos diversos. Jesús nos ha dejado el mandato del amor a todos los que queremos seguirle, pero no nos ha impuesto un modo concreto de hacerlo. En la Iglesia existen diversos modos de amar que se exigen mutuamente, demostrando una profunda complementariedad eclesial.

El matrimonio y la familia es la forma de vida que viven la mayoría de las personas. Esta forma de vida ha sido muy mal tratada por la publicidad y los medios de comunicación, hasta llegar a presentar una imagen deformada. Hay personas que piensan que el matrimonio es una especie de contrato que atenta contra la libertad de las personas, y por ello, cuando las parejas viven juntas sin casarse, se le llama unión “libre”. Muchos tienen la imagen de un camino infeliz, lleno de traiciones y de infidelidades. A veces es la imagen de una vida muy sacrificada en función de los hijos. Estas imágenes no atraen a nadie, porque son falsas.

La vida matrimonial es una forma de amor. Este es el dato fundamental. De modo que el amor es su clave de interpretación en dos sentidos: hacia dentro y hacia fuera. El

amor es el alma de esta forma de vida porque se funda en la decisión libre de amar, es decir, de entregarse a una persona concreta y de fundar una familia. El amor hacia fuera hace que la pareja se una para ofrecer algo a los demás: en un primer plano está la educación de los hijos, esos "otros" que dan sentido y fortaleza a la pareja; pero en un segundo plano están todos los demás, a quienes la pareja sirve y para quienes llega a ser un signo.

Esto que se puede afirmar de todo matrimonio, se resalta cuando la pareja es cristiana. Se saben unidos entre sí y al mismo tiempo con Dios, a través del sacramento del matrimonio. Esto hace que su relación no sólo tenga como meta la felicidad de cada uno, sino también su unión con Dios y con Cristo. Pero no se puede amar a Cristo sin amar al prójimo, y por ello se subraya también su amor hacia fuera. Las virtudes más importantes de los casados son: fidelidad, capacidad de diálogo, tolerancia, fortaleza y unidad.

La soltería o el celibato es otra forma de vida. Todos los jóvenes son solteros, pero viven esta forma de vida cuando optan por permanecer así. Esta forma de vida tuvo en el pasado una mala imagen. Socialmente se despreciaba a los solteros. Pero esta situación ha cambiado. La soltería o celibato también es adoptado por los sacerdotes y los religiosos y religiosas.

Como el matrimonio, la soltería es una forma de amor. Casi todos los solteros tienen una razón para permanecer así y esta razón tiene que ver con los demás. Lo más clásico era el soltero que se dedicaba a cuidar a sus padres. Pero hay otros que se ponen al servicio de los más pobres, o se entregan profundamente a una profesión. Casi siempre los solteros son personas especialmente entregadas, serviciales, creativas, disponibles. Su actividad a favor de los demás, que es verdadero amor, unifica su ser.

El soltero tiene más disponibilidad de amar de entregarse a los demás porque al no tener obligaciones con una pareja, puede dedicar más tiempo y energías al servicio. Esto provoca que tenga experiencias muy especiales que llenan su corazón de grandes satisfacciones a las que tiene acceso precisamente por su condición de soltero.

Una forma de vida más es la vida comunitaria. Es algo que experimentamos todos, pero algunos lo hacen con más intensidad. Vivir en comunidad exige la aceptación de las personas con sus diferencias. Por eso es un signo de verdadero amor. Nos aceptamos entre nosotros dando más importancia a lo que es de todos que a lo que pertenece a cada uno, de modo que llegamos a convertirnos en un signo de lo que la Iglesia y la sociedad están llamadas a ser.

La vida apostólica es la que adoptan las personas que se entregan al apostolado dedicando a ello la mayor parte de su tiempo. Muchas personas lo hacen desde un trabajo profesional. Lo interesante es que su vida está marcada por el apostolado al que se entregan con radicalidad. Esta forma de vida viene marcada por la disponibilidad y la itinerancia, toda la persona con todo lo que tiene se adapta al apostolado. Lo realmente importante no es lo que hacen, sino el modo de hacerlo que da testimonio de una entrega profunda de la persona. Para quienes viven esta forma de vida, el estudio y la preparación es fundamental con el fin de realizar la misión de la mejor manera posible.

El reverso de la vida apostólica es la vida contemplativa. Ésta consiste en dar la prioridad a la relación orante con Dios. Los monasterios ofrecen un gran servicio a la sociedad: el servicio de la trascendencia.

La vida pastoral. Es una forma de vida peculiar, que adoptan las personas que dedican su trabajo y su vida a la edificación de la comunidad cristiana. Son los evangelizadores de tiempo completo, los sacerdotes, los obispos, los diáconos. Es una forma de amor que supone la entrega de la persona para que la comunidad llegue a ser lo que debe ser. Quienes viven de esta manera son como el rostro visible de la comunidad. Se convierten en un signo visible de unidad y un medio para el perdón.

En la Iglesia actual muchos laicos asumen, al menos en parte, esta forma de vida, porque trabajan asiduamente por construir una comunidad. Las virtudes más típicas de quienes viven así son la discreción, la cercanía, la disponibilidad para con todos. Se aprecia mucho de estas personas que amen a todos, y para poder hacerlo es fundamental saberse amado.

Se puede observar que todas las formas de vida, sobre todo cuando se les da un sentido cristiano, son verdaderas formas de amar, porque la vocación fundamental del hombre es al amor. Ninguna vale más que las otras, sino que todas tienen el mismo valor y la misma dignidad.

5. Aterrizaje vocacional.

El animador provoca en las personas un encuentro consigo mismas, para ello se puede hacer valer de las siguientes preguntas, de la dinámica del anexo 4 y/o del siguiente enlace:

<http://www.youtube.com/watch?v=nMIOuPxhCVI>

1. ¿Según las actitudes del hijo mayor, que forma de vida vive?
2. ¿Qué actitudes le faltan vivir?
3. De los tres personajes de la parábola, ¿cuál de ellos ama más?
4. Si tú fueras el hijo menor ¿qué le dirías a tu hermano mayor?
5. Y si tú fueras el hijo mayor ¿cómo reaccionarías frente a tu hermano menor?
6. Y si tú fueras el hijo mayor ¿cómo reaccionarías frente a tus padres?
7. ¿Cómo quieres amar en tu familia, escuela y/o trabajo?

V. HORA SANTA

TOMA DE DECISIONES

1. Objetivo.

Vislumbrar la necesidad de tomar decisiones en la vida y comprender que las grandes decisiones sólo pueden llegar a adaptarse cuando se ha aprendido a tomar decisiones en lo cotidiano.

2. Monición.

El discernimiento cristiano consiste en elegir no lo que a mí me apetece, sino lo que estimo que es la voluntad de Dios para mi vida aquí y ahora. En este encuentro privilegiado que tendremos con Jesús, presentémosle todas nuestras decisiones y dejemos que el Espíritu Santo actúe en ellas para que nos siga inspirando según el corazón generoso de Dios Padre. Nos ponemos de rodillas para recibir a nuestro Señor Jesús presente en la Eucaristía.

3. Canto de entrada.

¿Qué es lo que quieres de mí Señor?

4. Primera meditación: ¿tomamos decisiones?

Lectura Bíblica: Lc. 15, 11- 20a.

¹⁴ «Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. ¹⁵ Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. ¹⁶ Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. ¹⁷ Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! ¹⁸ Me levantaré, iré a mi

padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. ¹⁹ Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros." ²⁰ Y, levantándose, partió hacia su padre.

Reflexión.

Cuando escuchamos la palabra decisión solemos pensar en las grandes determinaciones de la vida y no tenemos en cuenta las pequeñas elecciones que van forjando el día a día, y también en gran medida, nuestra personalidad. El hijo de este hombre tomó una decisión importante a la ligera: "*Padre, dame la parte de la herencia que me toca*". En cambio, la decisión concreta de regresar la tomó después de revisar a conciencia su vida: "*Y entrando en sí mismo...*". Dicen que uno de los problemas de los jóvenes de nuestro tiempo es que no sabemos tomar decisiones. Preferimos retardar el momento de elegir para no tener que comprometernos. ¿Será esto verdad?

En un momento de silencio pensemos en aquellas decisiones que no hemos podido tomar porque tenemos miedo a equivocarnos, nos asusta el compromiso, nos gana la rebeldía o tal vez porque nos acobarda cumplir la voluntad de Dios en nuestra vida.

Dejamos un momento para la oración personal.

Canto.

¿Por qué tengo miedo? / Hna. Glenda

5. Segunda meditación: decidir según mis motivos y motivaciones.

Lectura Bíblica: Lc. 15, 20b – 24.

²⁰ Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. ²¹ El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." ²² Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. ²³ Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, ²⁴ porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta.

Reflexión.

Quien quiere decidir en la vida con plena conciencia y libremente ha de hacer el esfuerzo por conocer los motivos y las motivaciones que le mueven a obrar. Los motivos y las motivaciones son cosas distintas. Los motivos son las razones por las que obramos; las motivaciones son la finalidad de nuestro actuar. En la primera lectura que hacíamos en esta Hora Santa encontramos el motivo que mueven al hijo a actuar: el hambre. Pero su motivación la encontramos en la lectura que acabamos de hacer: para experimentar la compasión del padre. La motivación del hijo es abrirse al amor de alta calidad, eso quiere decir, que el hijo se comprometía a estar pendiente de la persona amada: el padre. La motivación del hijo es el amor mutuo.

En un momento de silencio pensemos en los motivos y en las motivaciones que nos han movido a actuar. Pensemos si en nuestras motivaciones ha estado el servicio a los demás, el amor desinteresado o el deseo de seguir a Jesús.

Dejamos un momento para la oración personal.

Canto.

El rey del Universo / Jésed

6. Tercera meditación: decidir en la oración.

Lectura Bíblica: Lc. 15, 29 – 32.

²⁹ El hijo mayor le replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; ³⁰ y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" ³¹ «Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³² pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado." »

Reflexión.

Para un cristiano la oración es un ámbito privilegiado de discernimiento. Es ahí donde se hace el hábito de presentar a Dios las decisiones que tomamos, de esa forma el Espíritu Santo nos sigue inspirando. En la parábola, el hijo mayor toma la decisión de reprochar al padre lo que ha hecho; pero no contaba con la virtud misericordiosa del padre: hijo, tu siempre estás conmigo... A eso Dios nos llama, a estar siempre con él, a presentarnos frente a Él y a abrirle el corazón, para que, libre de todo orgullo, sigan reinando, en nosotros, decisiones inspiradas por un amor misericordioso.

En un momento de silencio presentemos a Dios esa decisión que jamás hemos querido tomar. Pidamos al Espíritu Santo que baje a nuestros corazones para que sea Él el motor de nuestras palabras.

Dejamos un momento para la oración personal.

Canto.

Tómame Señor / Jésed

8. Bendición con el Santísimo.

Oración.

Señor nuestro, Jesucristo, que en este Sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu Pasión, concédenos venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Se hace la bendición con el Santísimo como de costumbre.

Preces

Hermanos, ahora que estamos a punto de retirarnos a nuestra casa, pidamos a Dios la fuerza de su Espíritu, para que Él nos siga iluminando en todas nuestras decisiones. Después de cada petición diremos. **R. A ti, todo honor y toda gloria.**

Cristo, Maestro y Salvador nuestro
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Mesías enviado.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Fuente de la divina sabiduría.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Buena Noticia.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Médico de los enfermos.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Palabra de verdad.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Luz de los pueblos.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Pan bajado del cielo.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Muerto y Resucitado por nosotros.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

Cristo, Presencia permanente entre nosotros.
R. A ti, todo honor y toda gloria.

ANEXO I

1. Dinámica para aterrizar o comenzar el tema # 1: Llamados a ser persona.

El animador da la bienvenida al grupo y comienza el encuentro con una breve oración. A continuación divide el grupo en tres mediante algún juego. Se va a realizar un juicio sobre un caso de actualidad: uno de los subgrupos ha de buscar argumentos en contra de la persona a la que se acusa; el otro, en cambio, ha de reunir razones para defenderla. El tercer grupo ejercerá de jurado, emitiendo su deliberación al juez, que será el animador. Si el grupo no es lo suficientemente grande (ocho o nueve personas), se divide sólo en dos subgrupos, y el juicio se realiza sin jurado.

El animador ha de ambientar el lugar como si fuese un juzgado, colocando una mesa en el centro que hace de tribuna. Ha de disponer de un martillo para poner orden en la sala, una biblia para que los comparecientes hagan el juramento de no faltar a la verdad, y detalles semejantes. El caso, del que se repartirá una copia a cada grupo, es el siguiente:

Guadalupe era una chica normal que acababa de cumplir los diecisiete años de edad. Procedía de una familia acomodada y estudiaba el segundo año de la preparatoria. Como era guapa e inteligente, pronto se convirtió en una chica popular. Todo el mundo la miraba con admiración. A pesar de su juventud, ya había decidido estudiar una ingeniería en una prestigiosa universidad. Guadalupe destacaba por su madurez, un rasgo que todos sus profesores y familiares reconocían en ella.

La vida, sin duda, le sonreía. Un día, sin embargo, descubrió que había quedado embarazada. Al principio no le concedió demasiada importancia al asunto, pero poco a poco fue cayendo en las consecuencias que traería este

hecho a su vida. Sus proyectos de futuro se derrumbaron de la noche a la mañana. Al compartirles la noticia a sus padres, estos se enojaron mucho. De repente, una posibilidad insospechada emergió en el horizonte: abortar. Guadalupe estaba dispuesta a tener el bebé, pero sus papás le insistían en la necesidad de abortar para no echar a perder su futuro. No sabía qué hacer. Lo consultó con su mejor amiga, Cristina, quien también le recomendó que abortase. A pesar de sus iniciales resistencias, finalmente decidió seguir el consejo de sus papás y amiga; y abortó.

Terminó la preparatoria con unos resultados académicos excelentes y actualmente estudia ingeniería química en una reputada universidad de la Ciudad de Monterrey.

El animador da unos diez minutos para que los grupos preparen sus argumentos a favor y en contra. Es importante advertir que no se trata de formular una opinión personal al respecto, sino que uno ha de meterse en el papel que le ha tocado: aunque estés en contra del aborto, en general o en este caso particular, si te ha tocado defender a la muchacha, has de buscar argumentos a su favor. El jurado, mientras tanto, lee el caso y se va formando una opinión sobre el mismo, previendo los posibles argumentos que los “abogados” van a utilizar en el juicio. Después de este tiempo, se procede a la realización del juicio. Lo normal es que las personas se enfrasquen en una discusión, sobre todo tratándose de un caso polémico como éste. Si no es así, el animador ha de procurar la participación de todos, cuestionando e interpellando a las personas.

Tras el juicio, el animador pedirá al jurado que emita su deliberación. Lo esperable es que el jurado se pronuncie en contra de la muchacha, por lo que el animador sólo tendrá que ratificar el veredicto. De no ser así, el juez-animador vetará la decisión del jurado dando una catequesis respecto al respeto de la vida. En este momento puede dar pie a que contesten las preguntas que se encuentran al final del tema.

ANEXO II

1. Dinámica para aterrizar o comenzar el tema # 2: Llamado a ser cristiano.

El animador comienza, como de costumbre, pronunciando una breve oración. Da la bienvenida al grupo y pregunta quién quiere paliacate. Seguramente varios alzarán la mano; el animador distribuye paliacates (o vendas) a la mitad de los participantes y les pide que se tapen con ellos los ojos, asegurándose de que no vean nada. A continuación se dirige al grupo con estas palabras o palabras semejantes: *Hoy vamos a realizar una experiencia diferente. Algunos de ustedes tienen sus ojos vendados, otros no. Durante diez minutos, y en completo silencio, los que tienen sus ojos tapados van a ser guiados por un lazarillo cuya identidad desconocen. En un momento dado, alguien les va a tomar de la mano y se van a dejar guiar por él. A veces los dejarán solos, otras veces les forzarán a realizar movimientos inesperados, les harán tocar diferentes objetos, etc. Lo único que tiene que hacer ustedes es dejarse guiar.*

A continuación se procede a realizar la dinámica. Si hay posibilidad, es preferible hacerla al aire libre, en un jardín donde las personas puedan moverse sin estorbarse. Si se hace en un espacio interior, se han de quitar los obstáculos que dificulten en exceso el movimiento. Con el fin de evitar las “parejitas” o par de amigos, el animador tomará de la mano a los lazarillos y les designará a cada uno un ciego a quien guiar. Es importante garantizar el silencio de modo que permita, a la persona que tiene los ojos tapados, experimentar con intensidad lo que significa no poder valerte por ti mismo para desplazarte y necesitar ayuda de alguien para hacerlo. Pasados los diez minutos, se intercambian los papeles. Los ciegos pasan a ser lazarillos y al revés. De nuevo, el animador elige el lazarillo para los nuevos ciegos.

Tras la realización de la dinámica se invita a que compartan los sentimientos de manera espontánea. Es importante que hablen todos. Los sentimientos que suelen aparecer en esta puesta en común giran en torno a la inseguridad y la confianza en los demás. Si los muchachos no se muestran muy comunicativos, el animador puede hacer preguntas para facilitar el desarrollo del diálogo del tipo: ¿qué has sentido cuando tu lazarillo te dejó solo por un momento? ¿Alguno de ustedes se tropezó con algún objeto? Una vez que se han puesto en común los sentimientos, el animador lanza la siguiente pregunta: ¿qué tiene que ver esta dinámica con ser cristiano? Después comentan en tríos lo que cada uno ha respondido.

ANEXO III

1. Dinámica para aterrizar o comenzar el tema # 3: Diferentes vocaciones de amor.

El animador comiéntala sesión con una breve oración. Como dinámica para introducirnos en la cuestión hemos elegido el juego de los cuadros. El presente juego tiene por objeto componer cinco cuadros del mismo tamaño con tres piezas cada uno. Para que esto sea posible, las piezas han de tener las formas y estar dispuestas de la manera que se propone en el dibujo. Se requieren cinco participantes para su realización. Si hay siete muchachos, por ejemplo, dos harán de observadores, anotando las reacciones y actitudes de los que están realizando el juego.

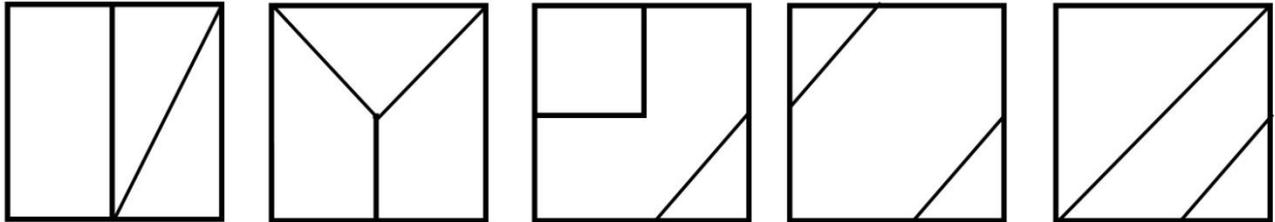
Cuando las personas entren en la sala donde tiene lugar la reunión, las piezas han de estar ya preparadas sobre una mesa o sobre el piso, dispuestas en grupos de tres aleatoriamente. Al distribuirlas, el animador propondrá especial cuidado en que las piezas que forman uno de los cuadros no estén juntas.

El animador, tras indicar el objetivo del juego, que todos hagan un cuadro del mismo tamaño, da las siguientes instrucciones:

- Este ejercicio se hace en absoluto silencio.
- Cada quien trabaja en su propio espacio, no en el centro ni en el espacio de otro.
- Sólo se puede poner piezas en el centro y tomar piezas del centro.
- Nadie ha terminado hasta que no tienen todo un cuadro del mismo tamaño.

Se repiten las instrucciones para que a todos les queden claras. El animador ha de vigilar que se cumplan las normas. Si hay varios grupos, unos terminarán antes que otros. El grupo que acabe antes el ejercicio deberá permanecer en silencio hasta que el otro o

los otros grupos terminen. Nunca se concluye la dinámica abruptamente: si algún grupo no consigue armar los cuadros, se les vuelve a dar las instrucciones o se les da alguna pista (por ejemplo, los cuadros son de tres piezas, en el caso de que alguno de los cuadros haya sido formado con cuatro). La tensión es un factor importante de aprendizaje, por lo que no hay que tener prisa por acabar el juego.



Una vez que todos los grupos han terminado de componer los cuadros, el animador pregunta por los sentimientos experimentados durante la realización del juego. Lo normal es que se cuenten anécdotas sobre el desarrollo de la dinámica. El mensaje del juego es claro: los cuadros sólo pueden hacerse con la colaboración de todos.

Tras esta primera puesta en común de sentimientos y anécdotas el animador pregunta: ¿qué aprendizaje podemos sacar de este juego para nuestra vida ordinaria? Espontáneamente las personas van respondiendo a esta pregunta. Las respuestas girarán en torno a la necesidad del trabajo en equipo y la colaboración. A continuación se puede exponer el tema o concluir con la reflexión de las preguntas que se presentan al final del tema 3.

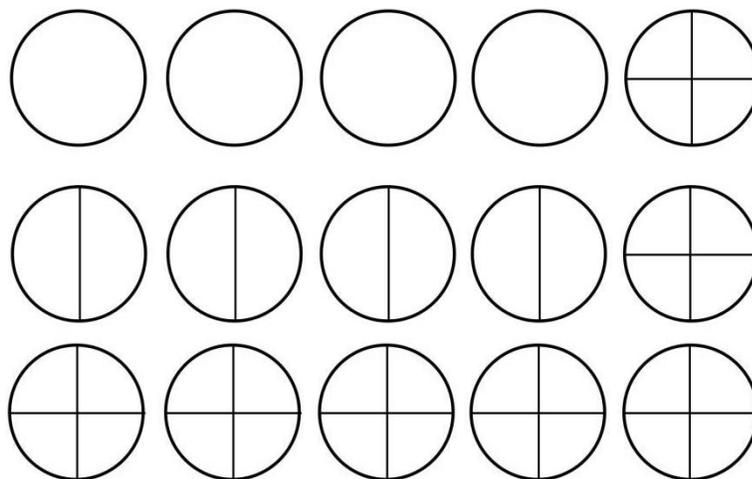
ANEXO IV

1. Dinámica para aterrizar o comenzar el tema # 4: Diferentes maneras de amar.

Tras una breve oración inicial, el animador divide a los participantes en grupos de cuatro a través de algún juego. Después plantea el siguiente problema para que los grupos busquen la solución al mismo. Se trata de un ejercicio sencillo que hacer ver cómo una misma cuestión puede ser resuelta de distintas maneras.

Imaginen que les regalan cinco panes y tiene que dividirlos en cuatro partes iguales, una para cada uno ¿de qué manera lo distribuirían?

El animador entrega a cada grupo cinco círculos para que tracen con un lápiz las líneas divisorias, tal como dividirán los panes. Les avisa de que el trazado no sea firme, por si se equivocan y tienen que borrarlo. El ejercicio puede ser resuelto de las siguientes tres maneras:



La forma más fácil de resolver el problema es la primera. Es probable que sea la primera solución que propongan los distintos grupos. Cuando un grupo comunique que ya ha hallado la forma de distribuirlos, el animador observará detenidamente la solución y prohibirá a los demás grupos obtener la misma solución que ya se tiene.

Una vez que todos los grupos han terminado se pone en común los sentimientos y aprendizajes. Las aportaciones de los participantes suelen ser como las siguientes: A veces nos obsesionamos en hacer las cosas de una manera, cuando se puede hacer de muchas. O ante un mismo problema en la vida se pueden dar diversas soluciones. Tras esta puesta en común, el animador pasará al momento de explicitación o de reflexión a partir de las preguntas finales del tema 4.